

SAN JUAN CANCIO, SACERDOTE SECULAR

Día 23 de diciembre

Por P. Juan Croisset, S.J.

San Juan Cancio nació á 24 de Junio de 1406, en un lugar llamado Kincio, del obispado de Cracovia, en el reino de Polonia. Sus padres fueron Estanislao y Ana, ambos ilustres no menos por la nobleza de su sangre que por su cristiana piedad, en la cual criaron con grande diligencia á su hijo Juan, inspirándole desde sus tiernos años con sus palabras y ejemplos el aborrecimiento al vicio y el amor á la virtud. Le enviaron á la ciudad de Cracovia para que en aquella Universidad, recientemente fundada por Uladislao, rey de Polonia, estudiase la filosofía y teología. En efecto, estudió el siervo de Dios en dicha Universidad y con mucha diligencia y aplicación estas facultades; y como era de un ingenio muy perspicaz y penetrante, aprovechó tanto en el estudio, que obtuvo en ambas el grado de doctor.

Pero lo que más importa es que San Juan conservó siempre la misma pureza de costumbres en medio de las ocupaciones de sus estudios, y entre los peligros á que se hallaba expuesto fuera de la vista y sujeción de sus padres. A este fin llevaba una vida retirada y mortificada; alimentaba su alma con el dulce pábulo de la oración, de la lección espiritual y de los Santos Sacramentos; sobre todo, resplandecía en él una singular humildad, que es la base y el fundamento de la piedad cristiana. Por cuyo motivo, aunque los principales doctores y maestros de la Universidad estimasen y admirasen mucho su mérito y sus virtudes, él se reputaba sinceramente el menor de todos, y se creía indigno de cualquiera honor ó magisterio. Por

esto fue preciso hacer fuerza á su humildad, para que consintiese recibir primero el sobredicho grado de doctor, y, después, el cargo de enseñar á otros la filosofía, el cual desempeñó tan excelentemente y con tan universal aplauso, que los rectores de aquella Universidad le eligieron dos veces decano del Colegio de doctores de filosofía, de la misma Universidad. Después que por algún tiempo el siervo de Dios hubo enseñado la filosofía, dejando los estudios filosóficos se aplicó enteramente al estudio de la sagrada teología, de la cual fue maestro excelente, cuando fue destinado á enseñarla á los jóvenes seculares, que de todo el reino de Polonia acudían en grande número á aquella Universidad.

Entre tanto, creciendo en el hombre de Dios el fervor de espíritu y el deseo de ayudar á sus prójimos, habiendo ya abrazado el estado eclesiástico, fue promovido por el Obispo de Cracovia al grado de Sacerdote, y destinado á dispensar al pueblo el pan evangélico de la palabra de Dios. Entonces la virtud de Juan resplandeció con mayor lustre á los ojos de todos; porque, cuando se acercaba al altar para ofrecer á Dios el incruento sacrificio, que era todos los días, era tal su compostura y devoción, que causaba á todos los presentes suma edificación. Del mismo modo, cuando subía al pulpito á predicar la palabra de Dios, era tan grande su celo y la eficacia de sus palabras, que ocasionaba en sus oyentes una extraordinaria conmoción, siendo su costumbre reprender los vicios con libertad evangélica, sin mirar respetos humanos; por lo que era copiosísimo el fruto que sacaba de sus sermones, enseñando que la caridad del prójimo es el carácter propio y distintivo de sus verdaderos discípulos.

Esta caridad de Juan para con sus prójimos le impulsaba á socorrer de la manera que podía las necesidades temporales de las personas afligidas y

menesterosas. Por eso empleaba la mayor parte de los honorarios que recibía, como lector y maestro de la Universidad de Cracovia, en socorrer las necesidades de las viudas, de los huérfanos y de los pobres. Todos los años, al acercarse el invierno, solía proveer de vestido y de calzado, en cuanto lo permitían sus fuerzas, á las personas que se hallaban faltas de él, á fin de defenderlas del frío, que suele ser rigurosísimo en el país septentrional de Polonia; y algunas veces, encontrando algún pobre descalzo, le daba su propio calzado, y él se volvía desnudo de pies á su casa, dejando caer la capa hasta la tierra, á fin de que su mortificación y misericordia no fuese conocida: otras veces, hallando algún pobre mal cubierto, tiritando de frío, se desnudaba de sus propios vestidos para cubrir la desnudez de aquel pobre, en el cual, con los ojos de la fe, reconocía la persona de Jesucristo. Cuanto el Santo era propenso á socorrer la necesidad de sus prójimos, hasta privarse á este fin de las cosas necesarias, tanto era amante de mortificarse haciendo frecuentes y rigurosos ayunos y vistiendo pobremente; de modo que en el invierno, que, como se ha dicho, es rigurosísimo en Polonia, sufría la incomodidad del frío; y para mortificar más su carne y sujetarla al espíritu, acostumbraba dormir poco, y muchas veces sobre unas tablas desnudas, ó bien sobre el suelo; solía ceñirse los lomos con un áspero cilicio, y tomaba frecuentes y rigurosas disciplinas. Pero sabiendo que el principal estudio de un cristiano debe consistir en la interior mortificación de las pasiones, no dejó jamás de ejercitarse todo el tiempo de su vida en toda suerte de mortificaciones.

El manantial de donde se derivaban al alma del bienaventurado Juan las luces y las gracias celestiales para practicar la caridad, la humildad y las demás virtudes cristianas, era la oración, en la cual empleaba todo el tiempo que le quedaba libre de sus ocupaciones,

todas dirigidas á la gloria de Dios y á la salud y salvación de las almas: en este ejercicio de la oración y en la lectura de los Libros Sagrados pasaba la mayor parte de la noche; pues, como se ha dicho, no daba á su cuerpo sino un breve é incómodo reposo. La materia más frecuente de su oración y meditación eran los misterios de la vida y pasión de Jesucristo nuestro Salvador; y solía pasar muchas horas, de la noche, cuando los demás dormían, postrado delante de una devota imagen de Jesucristo crucificado, colocada cerca de la puerta de la habitación de los doctores del Colegio de la Universidad donde el Santo habitaba.

Esta tierna devoción á la Pasión de Jesucristo le hizo emprender la peregrinación á la Tierra Santa, á fin de visitar los lugares santificados con la presencia corporal de nuestro divino Salvador. Después que el siervo de Dios hubo satisfecho á su devoción, se volvió á su país del mismo modo que había salido de él; es á saber, siempre á pie y con mucho recogimiento de espíritu y todo encendido en nuevas y ardientes llamas de la divina caridad. Tenía también el Santo una particular devoción á los príncipes de los apóstoles San Pedro y San Pablo; por cuya causa, cuatro veces en distintos tiempos, fue á Roma en la misma forma de pobre peregrino, y con el mismo espíritu de recogimiento y de penitencia.

En una de estas peregrinaciones acaeció que algunos ladrones le acometieron en el camino y le hurtaron el dinero que llevaba para el viaje, y, preguntándole después si tenía más dinero, el siervo de Dios respondió que no; pero apenas los ladrones se habían algún tanto alejado, cuando, acordándose el siervo de Dios que tenía algunas monedas escondidas en el vestido que llevaba encima, los volvió á llamar, y les dijo: *Yo me había olvidado de estas monedas que tenía aquí guardadas ; yo no quiero decir ninguna mentira, y*

así tomad también estas monedas que me han quedado. Los ladrones quedaron atónitos á este ofrecimiento, y admirando su virtud y movidos de la santidad que se descubría en su rostro, no solamente no le quitaron aquellas monedas, sino que le restituyeron todas las que le habían ya hurtado, pidiéndole perdón de su atentado, y partiéndose de su presencia muy compungidos de su pecado. Y, á la verdad, así en el porte del siervo de Dios, como en todas sus acciones y discursos, resplandecía una singular piedad, que le conciliaba una grande estimación de todos los que tenían ocasión de hablar y tratar con él. De aquí resultó que, habiendo vacado la iglesia parroquial del lugar de Ol-Kusz, cinco millas distante de la ciudad de Cracovia, los rectores de aquella Universidad, á quienes pertenecía proveerla de pastor, eligieron la persona de Juan, su bienaventurado compañero, y le confiaron la administración de ella; la cual el siervo de Dios aceptó de mala gana y sólo por obediencia. Cumplió el Santo con mucha diligencia é igual fruto de las almas que tenía confiadas á su cargo con todas las funciones de un bueno y vigilante pastor, apacentándolas con el pan de la palabra de Dios y con los ejemplos de su santa vida, socorriendo con mucha caridad todas las necesidades, así espirituales como temporales, de sus feligreses. Pero después de algún tiempo, haciéndole mucha impresión los peligros que van unidos con la cura de las almas, y temiendo, atendida la delicadeza de su conciencia, hacerse culpable delante de Dios de alguna omisión, tan fácil de cometerse en la cura pastoral de las almas, rogó con muchas instancias á los sobredichos rectores de la Universidad que le descargasen de aquel peso, que para su profunda humildad era intolerable. Habiendo obtenido la gracia deseada, volvió á continuar las primeras funciones de enseñar las Sagradas Letras á los clérigos jóvenes; ocupación verdaderamente digna de ser imitada de aquellos eclesiásticos que, siendo dotados de talento y

de ciencia, se hallan en estado de poder formar buenos alumnos, de que suele haber tanta escasez, para el servicio de la Iglesia. Continuó también el Santo predicando la palabra de Dios con igual celo y fruto del numeroso concurso de toda suerte de personas, que acudían á oír un predicador, que con los ejemplos de su santa é irreprehensible vida confirmaba lo que enseñaba con sus palabras. Finalmente, no había obra de misericordia que, estimulado de su inflamada caridad, no abrazase y practicase con mucho gusto; de modo que él era como el común padre de las personas afligidas y atribuladas.

Había ya cumplido nuestro Santo los sesenta y siete años de su edad, cuando experimentó que perdía notablemente las fuerzas de su cuerpo, maltratado de sus penitencias y de las muchas fatigas padecidas por la gloria de Dios y por la salud de sus prójimos. Entonces, previendo que tenía cercana la muerte, que miraba como el término de su destierro en este valle de miserias, se preparó á ella con actos de más ardiente caridad, y con distribuir á los pobres de Cristo las pocas cosas que le quedaban y que servían á su necesario uso. En efecto, poco después fue acometido de su última enfermedad, la cual sufrió no sólo con paciencia, sino también con mucha alegría y gozo de su alma, repitiendo con frecuencia aquellas palabras de David: *¡Ay de mí, que se ha prolongado tanto mi habitación en este valle de lágrimas!*; con las cuales palabras declaraba los ardientes deseos que tenía de ser desatado de las prisiones del cuerpo para llegar presto á la bienaventurada patria del Cielo. Recibió con extraordinaria devoción los Santos Sacramentos de la Iglesia, y lleno de confianza en la divina misericordia durmió el sueño de los justos á 24 de Diciembre de 1473. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia colegiata de Santa Ana de la ciudad de Cracovia; y Dios Nuestro Señor se

dignó ilustrarle con muchos milagros, los cuales testificaron siempre más y más á los hombres su heroica santidad, de la cual la Santa Sede dio un público testimonio en el año 1680, escribiéndole en el número de los beatos. Pero creciendo siempre más la devoción de la nación polaca, y especialmente de la ciudad y Universidad de Cracovia hacia éste su ciudadano, y obrándose en su sepulcro nuevos y continuos milagros, la santidad de Clemente XIII le canonizó solemnemente en el mes de Julio de 1767, junto con los beatos Jerónimo Emiliano, José de Calasanz, José de Cupertino y Juana Francisca de Chantal, aprobando para este fin diferentes milagros autenticados.

SANTA IRENE, VIRGEN Y MÁRTIR

Día 20 de octubre

Santa Irene, cuya memoria es y ha sido célebre, con especialidad en Portugal, según se acredita por los monumentos eclesiásticos de aquel reino, nació en un pueblo de él llamado Nabancia antiguamente, por el que hoy entienden la Villa de Tomar algunos escritores. Sus padres Hermigio y Eugenia, más distinguidos en el país por su piedad, que por su calificada nobleza, aplicaron el mayor esmero en dar á la niña una educación cristiana; pero como se hallaba dotada con las más bellas disposiciones de naturaleza y gracia, costóles poco trabajo conseguir el efecto de sus buenos deseos.

Edificado y admirado un tío suyo llamado Selio, abad del monasterio de Santa María, sito cerca de Nabancia, de la índole admirable, de los raros talentos y de la inclinación á la virtud que manifestaba su sobrina, resolvió contribuir eficazmente al cultivo de aquella noble planta, que ofrecía desde luego dar con el tiempo

frutos abundantísimos en el jardín de la Iglesia. Con esta mira encargó á Remigio, monje del mismo monasterio, que enseñase á la niña las letras que convenía supiese, interesándose igualmente en fomentar las nobilísimas ideas de perfección que descubría Irene, que se criaba con Julia y Casta, tías suyas, y otras ejemplares doncellas, las cuales vivían con grande recogimiento, dedicadas al servicio de Dios, con total separación de los tumultos del siglo.

Brillaba Irene en su retiro, tanto en discreción como en virtud, adelantándose en ésta conforme iba creciendo en años, sin salir por otra parte que para el templo á ofrecer sus votos al Señor ante los altares y á frecuentar los Sacramentos. Llegó aquel punto de edad en que manifestó su naturaleza las apreciables cualidades de hermosura, vivacidad, aire, talentos y despejo con que se hallaba dotada sobre las jóvenes de su tiempo; y aunque por su recato, por su modestia y por su compostura procuraba ocultarlas, á pesar de sus industrias la vio un día Britaldo , hijo de Castinaldo, señor del pueblo, quien quedó tan ciegamente enamorado de ella, que no pudiendo lograrla por esposa, aunque se valió de cuantos medios pudo sugerirle una pasión ciega, vehemente y persuasiva, porque Irene tenía consagrada su virginidad al Esposo eterno, cayó en una profunda melancolía y lastimosa tristeza que le pusieron en inminente riesgo de perder la vida, sin que los más hábiles facultativos acertasen con el remedio, pues ignoraban la raíz de su dolencia.

Tuvo la Santa revelación de la enfermedad que padecía Britaldo, y de la causa motiva, y movida de caridad determinó visitarlo; y manifestándole éste, con la correspondiente cautela, la causa de su mortal accidente, le habló Irene con tanta energía sobre las prerrogativas y excelencias de la castidad y de los

grandes favores con que Dios premia esta virtud tan agradable á sus divinos ojos, que, serenado Britaldo enteramente, lo dejó consolado, y aun reconocido de su caritativo oficio; bien que, para mayor tranquilidad de su espíritu quiso que antes de despedirse la santa virgen le prometiese que no pondría su afecto en otro alguno, amenazándola de lo contrario con la muerte.

Volvió Irene á su retiro llena de alegría por el feliz éxito de una expedición tan peligrosa, que reconoció debida á la divina asistencia ; y cuando continuaba más fervorosa en sus laudables ejercicios, envidioso el demonio de los grandes progresos que cada día hacía en la carrera de la perfección sostenida con la gracia, suscitó uno de los más extraños artificios de su malicia para manchar la pureza de la santa virgen. Valiéndose de la familiaridad que tenía Remigio con Irene, con motivo de su magisterio, comenzó á hacer al monje tan cruel guerra, levantando en su corazón una tempestad deshecha de tentaciones deshonestas, que, rendido al fin á los violentos ataques del tentador, vino á manifestar su ciega pasión á la castísima doncella; pero como ésta era tan amante de la pureza, avergonzada de una solicitud tan inesperada en quien se encargó de fomentar en ella las más santas ideas, llena de rubor reprendió la audacia del lascivo religioso; el que corrido, pero no enmendado de su arrojo, convirtiendo el desenfrenado amor en aborrecimiento, resolvió vengarse de la inocente virgen, dándola á beber artificialmente una bebida que la elevó el vientre en términos que parecía estar embarazada.

Divulgóse la infame nota por todo el pueblo, fácil de creer semejantes novedades: súpolo Britaldo, y encendido en descompasados celos, acordándose de lo pactado y ofrecido por Irene, resolvió darla muerte, bajo el supuesto de que en otro había puesto su amor,

violando su promesa. Valióse de un soldado para la ejecución de tan impío atentado, el cual buscaba con la mayor diligencia ocasión proporcionada para satisfacer su intento. Salió una noche la Santa de desahogar sus penas á la ribera del río Nabán, cercano al pueblo, al que dio el nombre de Nabancia; y cuando estaba de rodillas en la más fervorosa oración, bañada en lágrimas, clamando al Señor que la librase de la infamia que padecía, pues le constaba su inocencia, acometiéndola el asesino, la atravesó la garganta con una espada, y para encubrir tan abominable hecho arrojó el cuerpo de la ilustre mártir al río.

Ya se deja discurrir el sentimiento que causaría á sus tías Julia y Casta la pérdida de Irene. Estaban inconsolables temiendo algún rumbo desastroso en la sobrina, estimulada de la dolorosa pena que la afligía continuamente; pero aquel Señor que permitió el atentado, por sus juicios impenetrables, providenció los más asombrosos medios para declarar la inocencia de su fidelísima sierva.

Hallábase en oración su tío el abad, penetrado del mismo sentimiento, y habiéndole revelado Dios todo el suceso circunstanciado, valiéndose del alto concepto que debía al pueblo, le convocó y condujo en solemne procesión al lugar del homicidio. Habían llevado las corrientes del río Nabán el venerable cadáver al caudaloso río Tajo, y, llegando á él la procesión, vieron con admiración todos los concurrentes que, retiradas las aguas de su antigua corriente, habían dejado en seco el cuerpo de la Santa sobre un suntuoso sepulcro, labrado por ministerio de los ángeles, con repetición del mismo asombroso prodigio que sucedió en la muerte de San Clemente, pontífice.

Quiso el abad con toda la comitiva extraer el

cadáver de aquel lugar; pero no pudiendo conseguirlo, á pesar de las más eficaces diligencias, quedaron todos convencidos de que era la voluntad de Dios que allí permaneciese, confirmándose más en este concepto con el nuevo prodigio que ocurrió luego que se retiraron, que fue volver las aguas del Tajo á su antigua corriente, cubriendo con su cristalina pureza la infame nota que fulminó la iniquidad contra la casta esposa de Jesucristo, que quiso recomendar la santidad de su fidelísima sierva con la referida maravilla y con otros muchos milagros que obró al contacto de algunas reliquias que el abad trajo á su monasterio: tomando el pueblo de Scalabiz, en cuya jurisdicción estaba el sepulcro, el nombre de Santa Irene, bien que, corrompido y abreviado el vocablo, ha quedado en el de Santarén.

Del monje Remigio y del soldado que asesinó á la santa virgen, dicen los Breviarios que en Roma hicieron digna penitencia de sus pecados. Fijan este suceso en el año 653, en que reinaba Recesvinto en España.

La Misa es de los Difuntos , y la oración la que sigue:

¡Oh Dios, Criador y Redentor de todos los fieles! Conceded á las almas de todos vuestros siervos y siervas la remisión de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdón que siempre esperaron de Ti. Que vives y reinas, etcétera.

La Epístola es del cap. 14 del Apocalipsis.

En aquellos días oí una voz del Cielo que me decía: Escribe: bienaventurados, los muertos que mueren en el Señor; desde ahora les dice el Espíritu Santo que descansen de sus trabajos, porque sus obras los acompañan.

REFLEXIONES

Beati, qui in Domino moriuntur. Este es el único secreto para ser dichosos; esto vale más que todos los tesoros del mundo, que todas las prosperidades de la vida, que todas las grandezas de la Tierra. Esta es la única felicidad que hay en ella; cualquiera otra no es más que ilusión, deslumbramiento y quimera. ***Bienaventurados los que mueren en el Señor,*** esto es, los que mueren en gracia, en la amistad del Señor; esto sí que es morir rico, poderoso, colmado de honor y de gloria.

Sin dificultad se concibe que al que muere en gracia de Dios sólo le queda entonces una memoria superficial de todo esto. En aquel momento comienza á gozar una felicidad llena, colmada, que verdaderamente sacia el corazón; una alegría pura y eterna; una avenida de consuelos y de suavísimos deleites que la inunda, sucediendo unos días despejados, llenos de calma, siempre serenos, á aquellos días oscuros, nublosos y turbados, de que apenas queda una confusa memoria. El que muere en el Señor, muere para vivir. Esto se llama hacer fortuna. ¿Qué son hoy todos aquellos poderosos monarcas que metieron tanto ruido, aquellas personas tan celebradas por sus bellas prendas de cuerpo y alma, aquellos grandes hombres que ocuparon con tanto estrépito los primeros empleos de la Iglesia y del Estado? ¿Qué son aquellos imaginarios dichosos del siglo, si al cabo se condenaron? Pero ¿y qué serán todos aquellos que no murieron en el Señor? ¿Cuántos leerán estas reflexiones, que merecerán la misma triste suerte, por no haber trabajado en vida, por merecer otra enteramente contraria? Es preciso vivir y perseverar en gracia del Señor, para lograr la dicha de morir en el Señor.

El Evangelio es del cap. 6 de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del Cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo le daré es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decían: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? Y Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo que, si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día.

MEDITACIÓN

De la necesidad de disponerse para la muerte.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la necesidad de disponerse para lograr una santa muerte es indispensable; no hay cosa de tanta consecuencia como la muerte, no la hay más dificultosa que una buena muerte, sobre todo cuando no se ha preparado para ella durante el tiempo de la vida. ¿Qué cosa más irreparable que una muerte infeliz? Con todo eso, ¿qué cosa más olvidada que prevenirse con tiempo para lograr una buena muerte?

Si se muriera dos veces, no sería tanta imprudencia arriesgarse á morir mal la primera vez; podríase reparar esta falta en la segunda; habría tiempo todavía para hacer penitencia de una mala vida y de una mala muerte. Pero una vez sola se muere; y de esta sola muerte depende una eternidad feliz, ó una desdichada eternidad.

Si para morir bien no se necesitara más que recibir

los Santos Sacramentos, besar devotamente un crucifijo, y tal vez derramar algunas lágrimas, sería menos intolerable nuestra imprudencia. No siempre es dificultoso encontrar un hábil y celoso confesor que nos asista en aquel último peligro; pero ¡cuántos murieron en pecado con todos estos socorros! Morir cubierto de ceniza y de cilicio, morir rodeado de sacerdotes y de religiosos, es morir con edificación, pero precisamente esto no es morir santamente.

¡ Cosa extraña! Si uno se ha de presentar en un teatro, si ha de subir á un pulpito para dar pruebas de su habilidad y de su sabiduría, se previene meses y años enteros para la función, aunque todo ello sea de bien poca consecuencia. Pero, Dios mío, ¿qué tiempo de la vida se emplea en disponerse para bien morir, siendo así que esta importantísima disposición pide de justicia todo el tiempo de la vida?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que nunca puede ser demasiada la preparación para hacer una cosa que no se ha de hacer más que una sola vez, y que, de acertarla ó no acertarla esta sola vez, depende nuestra eterna suerte, ó dichosa ó desgraciada. Si fuera tan fácil lograr una buena muerte sin prevenirse para ella, muy necios hubieran sido los santos en afanarse tanto y en emplear en esa preparación toda su vida. ¿A qué fin tanto ayunar, tanta oración, derramar tantas lágrimas? ¿A qué fin privarse de todo comercio con el mundo para lograr la dicha de una santa muerte, si se puede morir santamente sin todas estas preparaciones, y aun sin ninguna? Pero ¿hay cosa á que más nos haya exhortado el Hijo de Dios que á esta preparación, como quien tenía tan prevista nuestra negligencia?

Velad, nos dice, porque no sabéis la hora en que ha de venir el Señor. (*Matth., 24.*) Estad en vela y prevenidos

á toda hora, porque en la que menos lo penséis vendrá el Hijo del Hombre. Por lo demás, añadió el divino Salvador, lo que os digo á vosotros, á todos lo digo. Es menester estar prontos para abrir, luego que el Señor llame á la puerta.

Fácilmente convienen todos en que es menester disponerse para morir bien; por eso se teme tanto una muerte repentina; pero, al cabo, ¿qué efecto produce este miedo? ¿Qué preparación hemos hecho en virtud de él hasta el presente? Y si desde este mismo momento no comienzo á prepararme, ¡ qué dolor, qué desesperación en aquella postrera hora!

No lo permitáis, Señor; y pues me concedéis por lo menos esta hora, desde esta misma hora, Dios mío, me quiero disponer para morir bien, con resolución de pedirlos todos los días esta gracia.

JACULATORIAS

Dadme, Señor, un conocimiento tan claro de los pocos días de vida que me restan, que no dilate un solo instante disponerme para una buena muerte.—*Ps.* 101.

Sólo aquellos que temieren á Dios en vida pueden esperar lograr una buena muerte.—*Eccles.*, 1.

PROPÓSITOS

1. No es de admirar que tantos mueran mal, habiendo tan pocos que aprendan á morir bien. La buena muerte es ciencia práctica que se debe aprender en vida; es menester estudiarla mucho tiempo para enterarse de ella; y el estudio precipitado, muchas veces sólo sirve para descubrir mejor lo mucho que se ignora en esta importantísima ciencia. La mejor preparación para la

muerte es una santa, vida, y nuestra vida debe ser una continua preparación para la muerte.

2. Además de esta preparación general hay otras particulares, que nunca se deben omitir. Todos los años has de escoger un día para dedicarle enteramente á este gran negocio. Luego que despiertes, te has de hacer presente en la imaginación al Supremo Juez, que te dice estas terribles palabras: dame cuenta de tu administración; y en una meditación, por lo menos de media hora, examinarás si tienes prontas y ajustadas tus cuentas. Dice San Agustín: Es imprudencia esperar á la última enfermedad para disponer de tus bienes. Haz tu testamento cuando estás sano, cuando sabes lo que haces, y cuando eres verdaderamente tuyo; es decir, cuando le puedas disponer con entera libertad; comulga como si aquélla hubiera de ser la última comunión de tu vida; y, si puede ser, sé tú el ejecutor de tus legados píos. Por la noche procura tener la oración sobre la sepultura, ó á lo menos en la iglesia donde naturalmente te han de enterrar, y donde algún día ha de estar expuesto tu cadáver á vista del pueblo.